

Pravia, Francisco L. JIMENEZ

Aunque pueda parecer irreal aún hay asturianos que viven en un auténtico palacio renacentista, entre piedras centenarias y vetustos muebles de roble. Estos afortunados no pierden por ello el tren de la modernidad y se rodean como cualquier otra persona de los últimos adelantos técnicos, léase televisión, video o teléfono. El resultado es vivir rodeado de comodidades y a la vez inmerso en una atmósfera mágica que remonta al visitante a siglos pasados. Y la gran mayoría, aunque no viva en una mansión palaciega, también se vincula a veces con estos edificios por medio de la cultura, la religión o los deberes fiscales. Esto es porque muchos de los antiguos palacios asturianos son propiedad municipal o eclesiástica y están habilitados para fines públicos.

Los palacios de La Doriga, en Salas; el de Valdés-Bazán, en Candamo y el de Miranda-Valdecarzana, en Grado, son tres palacios habitados que permiten hacerse una idea de cómo se usan y en qué condiciones se vive en ellos. Los resultados parecen desmentir en cierta manera el tópico de «perfecta residencia», «lujosa mansión» o «ilusión de mi vida», que se tiene hacia ellos. Aunque ofrecen ciertas ventajas, los palacios también tienen sus inconvenientes. A veces más de los que da una casa normal.

La Doriga, señorial

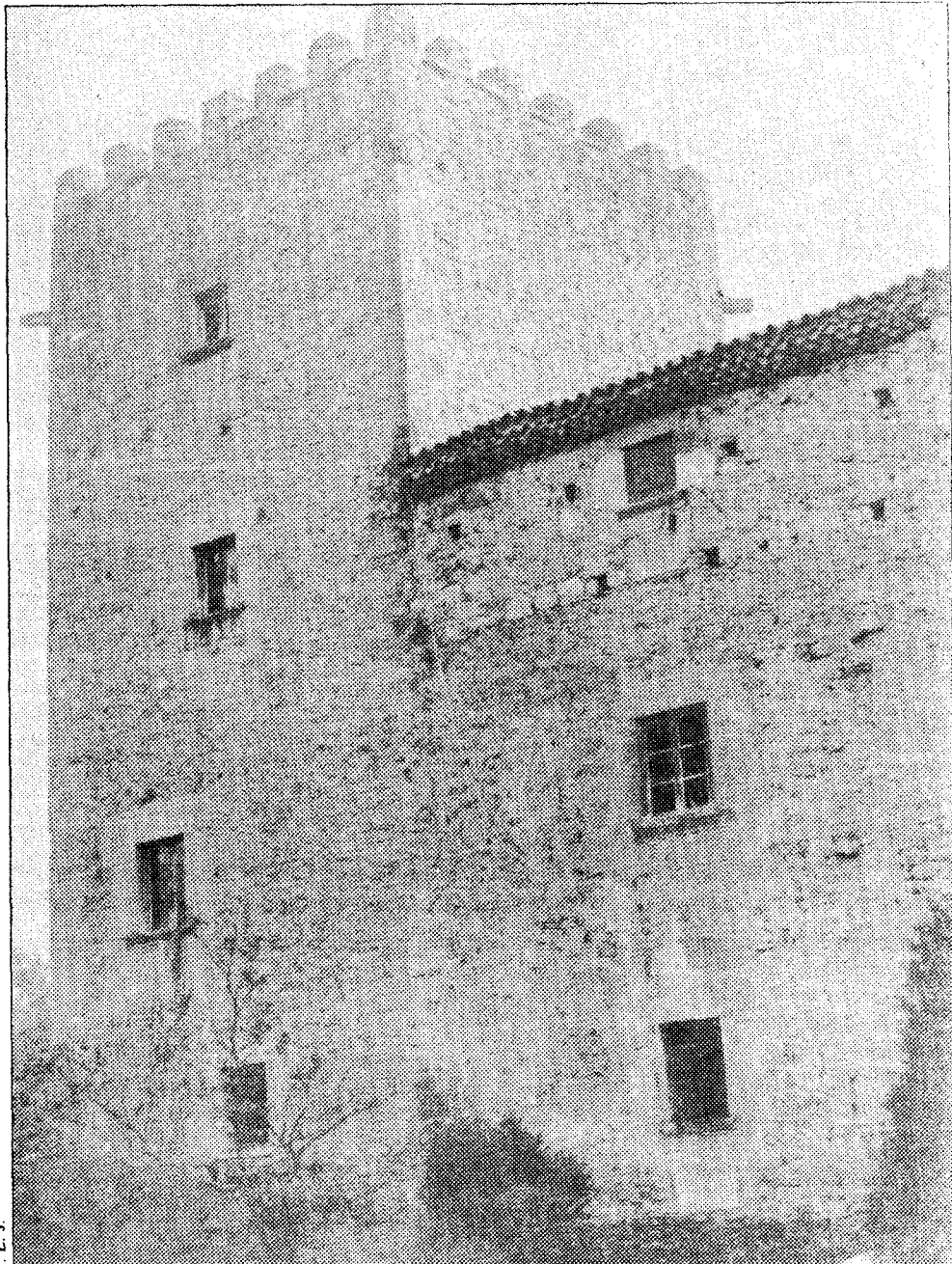
El palacio de La Doriga, en el pueblo del mismo nombre, sirve de vivienda a Juan Alvarez Corugedo, director territorial de Economía y Comercio. Es un voluminoso complejo arquitectónico construido en dos periodos: por una parte tiene una torre rematada en almenas que data del siglo XIV, según Germán Ramallo, y posteriormente, en el siglo XVI, se le añadió un ala lateral centrada en un patio interior acolumnado. Combina los estilos gótico y renacentista y cuenta en su parte posterior con una capilla fuera de servicio en la actualidad. Recientemente el Principado reparó el tejado, gravemente deteriorado por el paso del tiempo.

Juan Alvarez está acostumbrado a las visitas de turistas y estudiosos del arte que regularmente acuden a Doriga para conocer el monumento, y desde un principio se muestra afable y dispuesto a explicar con detalle las características de su «casa». Este es sin duda el primer inconveniente que tiene vivir en un palacio, ya que al estar catalogado como edificio artístico puede ser visitado por cualquier persona. Existe un horario de visitas para no inmiscuirse en la vida privada de su propietario, pero aun así debe de ser ciertamente molesto enseñarle a cualquier desconocido los dormitorios y salones donde se realiza la vida cotidiana.

En la casa-palacio todo se sale de lo normal, y es que aparte de la belleza arquitectónica del conjunto el dueño guarda en él auténticas obras de arte. En el hall puede verse una talla de león que servía como pie a un sarcófago hace muchos años. «Lo reconstruyó mi abuelo», apunta orgulloso el guía improvisado. También son dignos de admiración los muebles del más puro estilo asturiano, construidos en madera de castaño. Cuadros de Piñole o de Mariano Moré se encuentran colgados por las paredes dándoles una riqueza plástica propia de un museo pictórico. Y donde ya se pierde totalmente el sentido de la normalidad es en uno de los tres cuartos de baño que tiene la casa-palacio. Un cuarto de baño rodeado por paredes de metro y medio de espesor, donde la bañera y el lavabo se encuentran a cuatro metros de



Arriba, palacio de Valdecarzana, en Grado. Su propietario se cansó del alto coste de mantenimiento y lo vendió. Está dedicado a usos polivalentes. Abajo, palacio de Valdés-Bazán, en San Román de Candamo, propiedad de los condes de Reparaz, parientes de Armada, y que necesita una profunda reparación.



Vista exterior de una de las torres del palacio de Doriga, que es visitado en numerosas ocasiones por particulares y excursiones. Es el inconveniente que tiene vivir en un edificio singular. Hay que enseñar la propia casa a todo el mundo.

El frío, la humedad y altos costes de mantenimiento, principales problemas de las casas señoriales habitadas en Asturias

Palacios sin reyes

distancia, donde la «toilette» es del más puro estilo rococó, con techos de casi cuatro metros de altura y una cadena para la cisterna que a tenor de su volumen debe de pesar un kilo.

El baño ocupa la totalidad de la planta de la torre y es sin lugar a dudas un baño «de jeque árabe». En lo que concierne a la habitabilidad, los moradores han sabido dotar el palacio de instrumentos modernos que ofrecen comodidad y así en la cocina no falta ningún aparato doméstico y en todas las habitaciones hay un teléfono interior de los primeros, por cierto, que aparecieron en los mercados. Hay también varias estufas y es que el frío es otro de los inconvenientes de estos grandes caserones: «Con paredes de casi dos metros y habitaciones enormes es casi imposible calentar la casa, pero aún así más que el frío el gran problema es la humedad, contra la que prácticamente no hay solución».

La limpieza del palacio debe de ser, sin duda, otro de los grandes inconvenientes que aparecen ya que cuenta con más de ocho habitaciones, cocina, patio interior y planta baja. Si a esto añadimos la cantidad de madera que hay en su estructura y los mil y un objetos de adorno que reposan en paredes y mesas sólo cabe compadecer a la encargada de la limpieza diaria. La Doriga, además, está rodeada por una inmensa pomarada y a pocos metros se levanta otro edificio más moderno y que se usa como pajar y caballeriza. Antiguamente había sido almacén y lagar de vino. La Doriga es, por tanto, señorial cien por ciento y representa al único tipo de palacio que podría ser considerado como tal, a pesar de estos inconvenientes.

Valdés, rústico

En San Román de Candamo se erige el palacio de Val-



Juan Alvarez Corugedo, director territorial de Economía y Comercio y que vive en el palacio de Doriga.

dés-Bazán, propiedad de los condes de Reparaz, parientes cercanos del general Armada. Es un palacio rústico y muy deteriorado, que contrasta brutalmente con la magnificencia y esplendor del palacio de Doriga. Se construyó en el siglo XVII y fue remodelado en el siglo XVIII, en tiempos de Fernando Valdés de Quirós. Cuenta con dos inmensas plantas y un gran desván, y su gran atractivo es una galería apoyada en pilares y columnas. La pavimentación es en su mayoría de canto rodado y piedra labrada, aunque la falta de conservación hace perder cualquier encanto a estos regios suelos. Se destaca en los manuales el hecho de que cuente con muebles de madera de nogal finamente tallados, pero la carcoma y el abandono los convierten en poco más que madera para el fuego.

En este palacio viven Fernando García, su esposa Mar-

тина y sus tres hijos. Más de la mitad del palacio está habilitado para usos agrarios, ya que no en vano una gran huerta y pradería rodean el conjunto monumental. La presencia de conejos, gatos y gallinas en los aposentos que antiguamente albergaron caballerías y lagares es un contraste chocante, pero es que la utilidad se impone a cualquier asomo de lujo. Se queja Martina Alvarez de que «tenemos que andar siempre entrampeando porque el palacio está muy deteriorado y a pesar de que estuvieron aquí los del Principado sacando fotos para ver si lo arreglaban, hasta el momento no han hecho nada. Y tampoco creo que lo hagan porque subiría a muchos millones de pesetas poner esto en las debidas condiciones». Otros inconvenientes que encuentran sus moradores coinciden con los señalados anteriormente: «La casa es lo más frío que se pueda imagi-

nar y como es tan grande y tan dada a provocar suciedad no la ves limpia en la vida. Luego está el inconveniente de las visitas, porque no es nada grato meter a un desconocido en casa. Además, dentro no tiene nada que ver, a no ser los desperfectos, lo interesante está por fuera». Ciertamente el interior de esta casa-palacio no tiene nada digno de ver y no difiere en nada de una casa normal de aldea, incluso se diría que la impresión de la visita al interior es de pena por ver una mansión tan maravillosa caerse a pedazos. Sin duda Martina y Fernando cambiarían, si pudieran, su vivienda a una buena casa dejando de lado el vivir en un palacio renacentista, por mucho honor que esto significase.

Valdecarzana, funcional

El palacio de Valdecarzana, en Grado, es ante todo un edificio público y funcional. Fue construido en el siglo XV, remodelado en el XVIII, cuartel francés en el XIX, reformado a principios del siglo XX, cuartel de la Guardia Civil a mediados de siglo y dependencia municipal en la actualidad tras la compra del inmueble a un médico de Grado que se cansó de arreglarlo y no ver nada hecho. Está dividido para dar servicio a un Museo Etnográfico, a la oficina de recaudación de zona de Hacienda, al orfeón, a la Biblioteca, a la Hermandad de Santiago y Santa Ana, a una escuela de yoga y al hogar de pensionistas. Siete colectivos que conviven en el palacio y que coinciden en quejarse de lo poco práctico que resulta como local.

Julio Menéndez, miembro de la directiva del hogar de pensionistas, comentó al respecto: «Este hogar vino al palacio porque era el único edificio que había para echarle mano. Tenemos que estar contentos porque el Ayuntamiento

corre con todos los gastos y parece ser que para 1990 nos harán un local nuevo; sin embargo, ciertos detalles insalvables de la estructura del inmueble nos perjudican gravemente. Por una parte muchos ancianos no pueden acceder al hogar debido a las escaleras que tienen que subir, no nos quitamos el frío de encima por la magnitud de las habitaciones y tenemos que vivir entre desconchones de las paredes por lo vetusto del palacio. No son cosas de mucha importancia, pero donde estuviese un local nuevo que se quite este».

Un concejal es el guía

El palacio de Valdecarzana es sólo una parte de la zona histórico-artística de Grado. A su lado está la capilla de los Dolores y se cree que todo alrededor hay un laberinto de pasadizos, razón por la cual fueron interrumpidas hace unos años unas obras de construcción en las inmediaciones. El encargado de mostrar el palacio a los visitantes, previa autorización del concejal de cultura moscón, es Francisco Cañedo, quien tiene bastante trabajo. «Vienen muchos grupos escolares, estudiantes de la Universidad y técnicos de la Consejería de Cultura». En cambio, los grupos de turistas no adheridos a colectivos no parecen acudir en grandes cantidades y este hecho es ampliable para otros palacios asturianos. Quizás la falta de información al respecto haga creer que no son visitables, cuando lo cierto es que hay centenares de monumentos en Asturias, y entre ellos muchos palacios, que cuentan con horarios de visita y guías asignados.

En este palacio de Valdecarzana, según se desprende de las declaraciones de Julio Menéndez, se realizarán en breve obras de conservación. Es un palacio afortunado. Otros muchos se vendrán abajo.